

# REVALORACIÓN DE LA ESCRITURA DESDE JACQUES DERRIDA

Gabriela Soto Jiménez  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*La significación ha dejado de iluminar el mundo; por eso hoy tenemos realidad y no imagen. Giramos en torno a una ausencia y todos nuestros significados se anulan ante esa ausencia.*

Octavio Paz, *El arco y la lira*

## Introducción

Al estudiar el lenguaje, la Lingüística se ocupa de los métodos de investigación y de las cuestiones teóricas comunes a las diversas lenguas. Sin embargo, cuando analiza el fenómeno de la escritura lo hace confinándolo al área gramatical, desde dos aspectos: uno que tiene en cuenta la morfología de los elementos que componen la escritura: sujeto, verbo, artículos, adverbios; y otro que contempla la sintaxis o el ordenamiento de tales elementos: género, número, variación, concordancia. En todo caso, la lingüística se concreta a indicar cómo deben ser las leyes de combinación y la estructura relacional de los signos escritos, pero deja de lado la indagación acerca de la propia génesis de la escritura o del proceso productivo de la misma. Por otra parte, hoy conviven al menos dos disciplinas de corte filosófico, íntimamente ligadas al lenguaje: la Semiología con el estudio de los signos, y la Semiótica con lo referente al significado. De nuevo, ambas tocan de manera tangencial el problema de la escritura; incluso ésta ha ocupado un lugar marginal en la Filosofía del Lenguaje y en la Hermenéutica.

A Jacques Derrida no dejó de sorprenderle que en casi todo occidente privilegiaran al lenguaje hablado, considerándolo como algo real y presente en sí mismo; el lenguaje por excelencia. En contraste, el lenguaje escrito apenas sería una imagen o representación, una copia o un instrumento auxiliar de lo hablado; así surgiría la escritura fonética, derivada del habla y resignada a ser el eco fiel de la voz. De ahí la importancia de la propuesta innovadora y trastocante que hizo este filósofo: rescatar y valorar a la escritura en sí misma, a fin de convertirla en parte sustancial de las reflexiones filosóficas y el objeto de estudio de una disciplina en particular. Bajo esta nueva perspectiva, Derrida fundó las bases de la *Gramatología* —programa o ciencia del grama—, insistiendo en que la actividad escrita debía reconsiderarse por lo que ella es y no por lo que se había pretendido que fuera: el sustituto que re-produce al habla. Con ello fue modificando el concepto tradicional de la escritura, entendida como

revestimiento, disfraz externo de una presencia originaria, versión reducida de la voz y reductora de sentido, significante a la búsqueda de un significado definitivo y último.<sup>1</sup>

Precisamente porque se opuso al argumento y a la añoranza de que pudiera haber un significado definitivo y último, Derrida creó la concepción de la escritura como el movimiento del grama o de la huella, planteando de entrada el valor, la naturaleza y el estatuto, de toda inscripción en tanto que es marcada y hace marca. Esto lo engarzó a la producción lúdica de lo que denominó la *différance*: el movimiento o juego que posibilita la multiplicidad de combinaciones entre los signos y, por lo tanto, la apertura de interpretaciones y de sentidos.

### **El programa gramatológico**

La gramatología se define como pro-grama, en pro y a favor del grama. Considera que es a partir del sistema de diferencias inscritas, esto es, del concepto de grama o signo que deja huella, como surge la posibilidad del lenguaje. Solamente hay lenguaje cuando los términos se oponen entre sí

y cuando cada diferencia se retiene en una marca, en una huella. Será, entonces, el elemento complejo del grama la base para elaborar una teoría general de la escritura. Asimismo, la gramatología intentará constituirse en el pensamiento de la *différance*, en la teoría de la huella, en lo que Jacques Derrida llama una *archi-escritura*. Por esto, más que como una ciencia tradicional, la gramatología emerge como un proyecto de escritura, como un intento de reestructurar a la escritura históricamente en tanto que posibilidad de toda inscripción, de todo lenguaje.

Surge la pregunta: ¿por qué Jacques Derrida habla de elaborar una teoría, o de definir un programa, cuando al principio de su obra él mismo había manifestado su seria intención de consolidar a la gramatología como la ciencia general de la escritura? Porque es evidente que, pese a su aparente propósito inicial, la gramatología no podría convertirse en una ciencia —al menos no en una ciencia positiva tradicional—, no por falta de rigor sino por los siguientes motivos:

**Primero.** Porque la objetividad, hacia el objeto escritura, supone una condición logocéntrica de la ciencia tradicional. En ello, por un lado, subsiste la falacia ideológica de considerar la propia investigación como inmune a la ideología, esto es, objetiva y neutral. El problema es la facilidad con que se nos olvida que la ciencia sólo aparece en función de la idea que los hombres se hacen del universo, en unas circunstancias históricas y culturales determinadas, dando por hecho que el conocimiento es posible a partir de la observación y explicación de las regularidades o leyes. En este caso, por ejemplo, el físico-químico moscovita Ilya Prigogin dice:

Si un pueblo está convencido de que hay un Creador en el origen del mundo, y de que aquél determina su futuro, eso quiere decir que hay unas leyes y un futuro discernibles, cognoscibles.<sup>2</sup>

Si la ‘objetividad’ respecto a la forma de proceder científica puede ser cuestionable, ¿cómo no va a serlo también cuando se refiere a la escritura, misma que implica ya una toma de posición, una elección comprometida, de parte de quien la ejerce o activa? La escritura de ninguna manera es inocente, ni neutral, ni objetiva, puesto que nos revela una forma concreta de acercarnos al mundo y de representar a las cosas del mundo.

Por otro lado, la ciencia tradicional se considera a sí misma el modo de conocimiento que aspira a formular, a través de lenguajes estrictamente precisos —matemáticos incluso—, las leyes universales que regulan los fenómenos. Tales leyes deben ser capaces de describir series de acontecimientos de la realidad, deben poder comprobarse mediante la observación de los hechos o de la experimentación, y deben permitir predecir acontecimientos futuros.

Ahora bien, ¿cómo aplicar estas rigurosas leyes omniabarcantes a algo tan dinámicamente complejo como el acto de inscribir, de marcar, de dejar huella? ¿De qué manera se puede disecar un trozo de escritura, o detener el flujo escrito, sin parcializar y encasillar las posibles lecturas a las que da lugar? ¿Con base en qué se puede probar que un tipo de escritura es verdadero, correcto, adecuado y demás? ¿Quién o qué nos garantiza que la observación e interpretación hecha sobre un texto —antiguo, por ejemplo—, es en realidad la válida? O, retomando la interrogación que hace Michel Foucault, en relación a los autores y a sus obras:

Entre los millones de huellas que alguien deja después de su muerte, ¿cómo puede definirse una obra?<sup>3</sup>

**Segundo.** Porque la escritura también remite al problema de la verdad que ha devenido logocéntrica. En dicho sentido, la llamada verdad es una propiedad trascendental del ente, que implica la adecuación de una mente racional con lo que es la cosa, sea ésta del nivel de la realidad, del pensamiento o del concepto. Esa verdad se convierte en metafísica, en tanto que remite a la existencia de ‘Algo’ abstracto y con mayúsculas —el *Lógos*, las Ideas, el Alma eterna, lo absolutamente Otro, el Dios omnisciente, la Razón pura, el despliegue del Espíritu, etc.— como su causa y su garantía. Así, por ejemplo, cartesianamente podemos acceder al verdadero conocimiento del mundo porque Dios no puede ser un duendecillo burlón que nos engañe. Si así fuese, entraría en clara contradicción con su necesaria bondad.

Federico Nietzsche nos desilusiona respecto a la pretendida grandiosidad de nuestra inteligencia, la cual busca incesantemente —y se ufana de alcanzar— el verdadero conocimiento de lo que son las cosas.

Es digno de notar que sea el intelecto quien así obre, él que, sin embargo, sólo ha sido añadido precisamente como un recurso de los seres más infelices, delicados y efímeros, para conservarlos un minuto en la existencia, de la cual, por el contrario, sin ese aditamento, tendrían toda clase de motivos para huir.<sup>4</sup>

En Jacques Derrida, al contrario de lo que sucede en la ciencia tradicional, la huella no remite a ninguna verdad última, a ningún significado trascendental, a ninguna esencialidad. Por eso cuestiona esas formas de la presencia —ontológica y epistemológica— que van desde la Objetividad y la Verdad, hasta el Ser, la Identidad, el Origen, la Simplicidad, la Conciencia y demás. El pensamiento de la huella destruye necesariamente estas formas porque implica una remisión infinita a otras huellas, un incansante aparecer y desaparecer; no se deriva desde una presencia original, ni se inscribe en un origen simple, sino en un no-origen plural y complejo. Sin embargo, no puede desconocerse que hay un nuevo tipo de cientificidad en el programa gramatológico, aún cuando su concepción, basada en la idea de huella como diferencia, se relacione más bien con las teorías probabilísticas recientes del universo. De este modo, la nueva ciencia de la escritura derridiana estaría más del lado de algunas ideas contemporáneas acerca de la actividad científica.

Por ejemplo, Karl Popper nos dice que, a pesar de que nos hemos acostumbrado a creer que el universo depende de la causalidad, del encañamiento de causas y consecuencias, como si se tratase de un reloj, en realidad el universo no funciona mecánicamente.

Desde la mecánica cuántica de Broglie, hemos aprendido que vivimos en un universo de probabilidades, un universo creativo, no mecanicista, y que está en expansión.<sup>5</sup>

Por supuesto que el proyecto científico derridiano resulta inconcebible para la ciencia y la cultura tradicionales, puesto que éstas giran precisamente en torno a una razón unificadora, y porque la gramatología va en contra de la totalización del sentido y de la oposición jerarquizada que rigen al pensamiento metafísico.

De forma semejante, la idea de huella no puede insinuarse en el pensamiento del *lógos*, puesto que éste ha reprimido y rechazado a la escritura

hacia lo exterior, hacia el ámbito de la pura representación. No en vano sobre el sistema logofonocéntrico —centrado en un *lógos* que se expresa mediante la voz o *foné*— se ha erigido la marginación de la escritura. Con esto, la gramatología, escritura de la huella o archi-escritura, cuestiona las bases mismas de la metafísica, y

en cuanto crítica radical de cualquier idealismo, expone el error del dogma metafísico: logofonocentrismo solidario de la metafísica de la presencia que conlleva la devaluación y consiguiente marginación de la escritura.<sup>6</sup>

Asimismo, el programa gramatológico cuestiona sobre todo tres presupuestos metafísicos: la oposición entre lo inteligible y lo sensible, la división espacio/tiempo y la primacía de la presencia.

La gramatología invita a dudar de la devaluación que se hace de las letras, por estar dirigidas al sentido de la vista o del tacto, esto es, por ser sensibles y exteriores, frente a los pensamientos intencionales y abstractos que surgirían directamente desde una inteligencia interior, sea como sonidos o como pensamientos puros. Además, este programa cuestiona el supuesto de un sujeto total, no dividido ni con experiencias fragmentadas, en íntima relación con su pensamiento y su conciencia. Tal sujeto siempre expresaría lo que quiere decir en forma exacta y precisa. La gramatología también advierte sobre la necesidad de que exista separación, espaciamiento entre los elementos, tanto en la cadena hablada como en la escrita, para que sean comprensibles. A fin de que pueda darse la secuencia fónica o gráfica, se requiere además del intervalo, de la temporalización de los elementos. Así, cada término lingüístico necesita de un intervalo que lo separe de lo que no es él para que sea él mismo. Con esto surge la concepción del devenir espacio del tiempo y el devenir tiempo del espacio. Entonces, la gramatología es espaciamiento y temporalización simultáneas.

### **La archi-escritura**

En el ámbito general de los signos, lingüísticos o no, Jacques Derrida acuña una novedosa definición que los contiene a todos y que modifica

nuestra idea tradicional de escritura, la archi-escritura: la escritura de la huella, la escritura que tiene como componentes básicos a cada uno de los elementos particulares y específicos, huella o grama, así como al movimiento generado por estos.

El grama —o el grafema— nombraría de este modo al elemento. El elemento sin simplicidad. Elemento, ya sea entendido como el medio o como el tomo irreductible, de la archi-escritura en general.<sup>7</sup>

A partir de que hay una forma articulada y diferenciada de los elementos, y de que dichos elementos se encuentran inscritos en huellas, que a la vez remiten a otros elementos-huellas, puede surgir cualquier sistema de comunicación. Con tal articulación-remisión-diferenciación constantes, la archi-escritura hace evidente la exterioridad o distancia esencial, con respecto a sí misma, que toda expresión hablada conlleva y en la que se edifican todos los sistemas de escritura. Para Jacques Derrida, este nuevo tipo de escritura pasa a ser el presupuesto formal, que sustenta tanto al habla como a la escritura, y el principio de articulación inherente a todo lenguaje. La archi-escritura es el fundamento de toda lengua porque

Si la lengua no fuera ya, en este sentido, una escritura, ninguna notación derivada sería posible.<sup>8</sup>

Desde este nuevo concepto de escritura, los reenvíos entre los elementos posibilitan la formación de cadenas y de tejidos significantes. No sólo un elemento se suma a otros elementos para producir la cadena, sino que una cadena se cruza con otras cadenas para tejer un texto. El texto emerge de la transformación y en el entrecruzamiento con otros textos.

Por eso nada en los elementos, o en el sistema, está en alguna parte, simplemente presente o ausente, perceptible o imperceptible. De un extremo al otro no hay más que diferencias. Con ello, la constitución de todo signo, frase, cadena, texto y discurso, ingresa al juego de la diferencia y al trabajo de diferir el sentido. Se producen cadenas de cadenas, textos de textos, discursos de discursos, lecturas de lecturas y, en fin, huellas de huellas. En resumen, remontando la gramatología al principio mismo de la lingüística, el carácter diferencial del lenguaje implica una

reforma del concepto de escritura, una archi-escritura (escritura general de la huella, del grama o de la diferencia) lógicamente anterior a todas las oposiciones que justifican la subordinación de la grafía.

Se perfila entonces una escritura inédita, a partir de la cual queda excluido que cualquier elemento de la lengua pueda constituirse de un modo distinto al de la huella dejada en él por los demás, o que en su producción exista otra causa que la huella; en el decir derridiano, que tenga otro origen que el no-origen. De este modo, paradójicamente la gramatología parece llamada a deconstruir todos los presupuestos de una lingüística fonologocéntrica cuyos progresos, precisamente, permitieron abordarla.

### **El concepto de huella**

Jacques Derrida establece el concepto de huella en el papel generador de todas las diferencias posibles. Así, la huella o el grama es la base del lenguaje y no el elemento simple del signo —concebido como la oposición unitaria de un significado con un significante. Escritura y habla son posibles como sistemas de significación gracias a la institución durable y diferenciada de la huella. Ahora bien, desde una perspectiva ontológica, podría pensarse a la escritura de la huella como un ente inmóvil, como un exterior perceptible o como el rastro dejado por un original. O también, mediante un concepto congelado, se podría intentar reducir la idea de huella a una esencia. Sin embargo, la concepción derridiana trastoca estos supuestos.

En primer lugar, la huella escapa a la pregunta “¿qué es?” porque no-es-nada-en-sí. Más aún, no es esto o aquello, sino que es-siendo, deviene ser constantemente, siendo a cada momento diferente. La huella sólo puede concebirse como dinamismo puro: huella que aparece en el instante en que desaparece la anterior, huella que desaparece en el instante en que aparece la posterior. Huella que se separa para desplazarse y volverse a separar. Por lo que cada huella es la huella de la huella en un movimiento infinito, sin principio ni fin. En este movimiento no hay orígenes ni causas; sólo prevalece el borrarse y el engendrarse permanente de la huella. Al respecto, interpretando a Jacques Derrida, Cristina de Peretti dice:



La noción habitual de huella supone la idea de un original al que se refiere, del que es huella y que es hallado en la percepción. Sin embargo, el rasgo singular de la huella derridiana es precisamente la imposibilidad de encontrar originales en su presencia inmediata.<sup>9</sup>

En segundo lugar, veíamos que la huella es irreductible a cualquier molde primario u originario. Ello se debe a que la huella es un elemento complejo que se constituye a partir de otras huellas del sistema: la huella remite siempre y únicamente a su devenir huella. En este sentido no puede haber una primera huella a la manera del primer motor aristotélico: la huella es huella de la huella y no hay alguna que sea origen de las demás. De Peretti agrega:

La imposibilidad de toda referencia originaria es una necesidad dictada por la estructura misma de la archi-escritura o archi-huella. Cada huella es la huella de una huella y así hasta el infinito.<sup>10</sup>

A consecuencia de que no hay ninguna huella originaria, los presupuestos del origen y de la presencia son puestos en duda. Esto porque la huella sólo simula estar presente en un breve instante para inmediatamente ausentarse. En la huella, cada término se distingue a la vez que se ausenta de todos los demás términos. Por tanto, la huella no puede derivarse desde una presencia, desde un paradigma o Idea, desde una no-huella originaria, para quedar convertida en una mera copia, en una marca empírica, en una duplicación. Cristina de Peretti concluye:

La huella no es sino el simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza y remite a otra huella, a otro simulacro de presencia que, a su vez, se disloca, etcétera.<sup>11</sup>

### **El no-origen**

En el apartado anterior se perfilaba la constitución de la gramatología derridiana como la ciencia del origen tachado o del origen borrado. Y es que la producción diferencial y continua, de los elementos del lenguaje,

pone en cuestión el valor mismo del origen porque anula la preeminencia y el privilegio de originalidad que pudiera arrogarse un elemento sobre otro. No hay ningún término que sea primario u originario porque cualquier término siempre dependerá de su contención en un sistema y de su interacción con otros términos, para así poder significar algo. Así pues, el pensamiento de la huella hace tambalear —pone a temblar— el concepto de origen, desde el momento en que remite al lenguaje hacia un origen nunca agotado sino siempre fluyente, o mejor dicho, hacia un no-origen.

Si insistimos en hablar de causas, el origen de las cadenas o de los tejidos lingüísticos no puede ser más que el de la borradura, el de la tachadura incesante de sus componentes, a fin de que existan como enunciados o como textos, como secuencias discursivas comprensibles y significantes. Nos dice Jacques Derrida que la huella no sólo implica la anulación de la idea de una causa primera, sino que significa:

que el origen ni siquiera ha desaparecido, que nunca fue constituido salvo, en un movimiento retroactivo, por un no-origen, la huella, que deviene así el origen del origen [...] si todo comienza por la huella, no hay sobre todo huella originaria.<sup>12</sup>

En este análisis de la producción escrita, es interesante ver de qué forma se pone en cuestión el valor de origen. Por otro lado, no deja de ser sorprendente la manera como la gramatología, en tanto ciencia del origen tachado —tachadura que se produce gracias a la misma estrategia de la escritura—, deja claro que el origen del sentido no puede ser singular y simple sino plural y complejo. Al ser la huella la instancia básica de la cadena significante y al no poder derivar su concepto de una huella precedente y presente, a manera de Idea platónica, entonces:

El juego depende así de la huella que sólo existe para otra huella y no hay ninguna que sea primera. La diferencia que se sitúa en el origen de todas las diferencias posibles es la huella misma como archi-huella, como movimiento del origen absoluto del sentido.<sup>13</sup>

Lo cual cuestiona el sistema de oposiciones metafísicas y, por consiguiente, de lo que se ha pretendido designar como la Experiencia en general y el origen del Sentido totalizante.

## Liberación del significado

En la concepción derridiana de archi-escritura se intuye el desafío para liberarse de la tiranía del *lógos* y de sus implicaciones, tales como el concepto de verdad, la idea de origen, o la tesis de que pueden existir significados definitivos y unívocos. No obstante, debemos ser cautelosos con las propuestas de Jacques Derrida por dos razones. En primer lugar, porque la defensa de la autonomía del significante respecto al significado, y de la escritura respecto del habla, en ningún momento plantea que se deban invertir ahora los papeles para justificar nuevas oposiciones, reivindicar otras arrogancias o consolidar distintos privilegios frente a lo antes marginado. En segundo, porque la autonomía de los procesos significantes o significativos, en relación con el *lógos*, no implica que puedan darse significantes sin significados; lo que sí quiere decir es que, en adelante, ya no será posible afirmar la existencia de significados últimos y definitivos.

Para Jacques Derrida, ni significados ni significantes son independientes del sistema en el que se encuentran y gracias al cual surgen. No hay ningún significado trascendental; sólo hay un movimiento ininterrumpido de las diferencias, de la *différance*, que entreteje los sentidos y juega con ellos. Esto, en vez de implicar una pérdida de sentido

dicho juego continuo de diferencias supone una consiguiente extensión del potencial de significación. [...] El habla al igual que la escritura, en tanto secuencias de significantes, permanecen siempre abiertas al proceso de interpretación. A la naturaleza del habla y de la escritura corresponde no estar confinada a unas estructuras rígidas de sentido.<sup>14</sup>

Al mismo tiempo, Jacques Derrida infiere tres características propias de cualquier tipo de signo.

- LA ITERABILIDAD. Al poder repetirse infinidad de veces en distintos contextos, el signo posee la capacidad de modificar su significado. El signo produce su perpetua alteración y se vuelve polisémico, diseminador de sentidos. Surge así la posibilidad de leer de diversas maneras un mismo conjunto de signos o texto, más allá de la producción autoral que lo emi-

tió y más allá de un campo de discurso específico. Por ejemplo, podría leerse literariamente *Los estadios erótico musicales* de Kierkegaard, o desde una perspectiva psicoanalítica la *Metamorfosis* de Kafka, o sociológicamente *Los miserables* de Víctor Hugo, etcétera.

Un significante es, desde el comienzo, la posibilidad de su propia repetición [...] Un signo escrito es una marca que permanece, que no se agota en el presente de su inscripción y que puede dar lugar a una iteración en ausencia y más allá de la presencia del sujeto empíricamente determinado que la ha emitido o producido en un contexto dado.<sup>15</sup>

-LA LEGIBILIDAD. El signo es por derecho propio legible, incluso si se pierde lo que el autor ha querido decir originariamente o el contexto en el que fue enunciado. En este sentido, puede afirmarse que muchas ideas llegan a tener vida propia, independiente de su autor y de las circunstancias de su nacimiento. Por ejemplo, la idea de que el hombre es un animal racional por naturaleza sigue fundamentando la mayoría de los discursos éticos, políticos y religiosos, por divergentes que sean sus contenidos entre sí. Debido a ello, siempre es posible descifrar nuevos y distintos significados en las inscripciones y textos antiguos. Se hace patente, así, que el signo se encuentra abandonado a una deriva esencial: deriva de diferencia en diferencia y de significado en significado. Jacques Derrida afirma:

Debido a su esencial iterabilidad siempre es posible extraer un sintagma escrito fuera de la cadena en la que se encuentra cogido o dado sin restarle toda posibilidad de funcionamiento.<sup>16</sup>

- LA RUPTURA. Al diferenciarse de los demás signos, un signo escrito posee en sí una capacidad de asociación y de disociación ilimitada. El signo puede romper con su propio contexto para ir a combinarse en otros textos, en otros discursos, y crear nuevos significados. Por ejemplo, el concepto de trauma adquiere un sentido en medicina, distinto del que le otorga el psicoanálisis.

Esta fuerza de ruptura se debe al espaciamiento que constituye al signo escrito: espaciamiento que lo separa de otros elementos de la cadena contextual interna.<sup>17</sup>

Tenemos entonces que todo signo es posible, existe y significa, a partir de la diferencia.

### ***Différance***

Jacques Derrida escribe *différance* para señalar la multiplicidad de formas y de sentidos inherentes al carácter diferencial de la huella. Y él mismo dice que la “e s c r i b e”, porque para él no es palabra o nominación, concepto o definición, principio o ley. Tampoco es algo inmóvil o estático sino que deviene siendo a cada instante, de forma incesante e ininterrumpida, lo que es: diferencia y diferir.

La *différance* es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado presente, que aparece en la escena de la presencia, (se) remite a otra cosa que a sí mismo, al tiempo que conserva la marca del elemento pasado y se deja ya señalar por la marca de su relación con el elemento futuro.<sup>18</sup>

La *différance* es diferencia, en tanto que produce diferencias espacio-temporales al interior de cualquier sistema de significación; marca con formas diferentes, en intervalos diferentes y de diferentes maneras, a los elementos que combina. La *différance* es tal cuando hace y deja huellas. Por eso, señala Jacques Derrida:

Sin duda las ciencias positivas de la significación no pueden describir más que la obra y el hecho de la *différance*, las diferencias determinadas y las presencias determinadas a que dan lugar.<sup>19</sup>

Por situarse de entrada como el origen complejo e incompleto de las diferencias, la *différance* difiere siempre el sentido; evade e imposibilita el abrochamiento perfecto de un significante con un significado definitivo. En ello se manifiesta una estrategia espaciante y temporal que retrasa, difiere, el encuentro de los significantes con los significados, mediante la calculada maniobra del rodeo.

Dicha *différance* es concebida como el movimiento, o mejor dicho, como el juego que produce las diferencias o los efectos de diferencias y, por tanto, como el juego que permite la multiplicación de sentidos o de los efectos de sentidos. Al mismo tiempo, el juego formal de las diferencias —ilimitado, irreductible, indeterminado y azaroso— nos lanza de lleno a la aventura seminal de la huella, esto es, a una multiplicidad diseminadora de sentidos. Será el fluir continuo quien ocasione que todo signo difiera su sentido, su encuentro con la cosa de la que es referencia. El signo, por tanto, pone en diferencia constante su significado. Mas, derridianamente, el signo no difiere, ni reemplaza a su significado como a una presencia; más bien el signo se ausenta de un significado único —escapa a él, juega con él—, convirtiendo al significado en ausencia de presencia, en juego de diferencias.

En un movimiento ininterrumpido el significado es deportado de un nivel de significación a otro nivel del que también es deportado en una expansión perpetua e infinita [...] todo significado está en posición de significante pues pertenece a la cadena que forma el sistema de significación.<sup>20</sup>

A partir del momento en que el significado es, a la vez, significante y de que unos elementos remiten a otros elementos, resulta imposible remontarse de signo en signo hasta un sentido último, o hasta una presencia arquetípica que representaría —haría presente—, a un significado definitivo. Por lo mismo, los signos —textuales, artísticos, culturales— son huellas, diferencias, que no agotan jamás su sentido, ni su capacidad de jugar a combinarse. No hay ninguna realidad acabada, plena y significativa por sí sola, sino tan sólo creaciones individuales o colectivas, signadas en un espacio y en un tiempo determinados, siempre susceptibles de ser interpretadas, asumidas y actualizadas.

Así, la *différance* se presenta como el movimiento infinito de dispersión de significados, diseminación de sentidos e interconexión entre los elementos; esto posibilita que la escritura y la lectura se transformen en aventuras. Por eso no puede hablarse de significados definitivos, ni de sentidos pletóricos, ni de interpretaciones unívocas, ni de exégesis autorizadas. De este modo, prevalece la producción ilimitada de textos escri-

tos, que invitan a leerse una vez más y a leer otros textos (escritura que remite a la lectura), así como de textos leídos, sobre los cuales se escriben críticas que producen nuevos textos (lectura que remite a la escritura). Un texto remite a otros textos, una lectura envía a otras lecturas, un escrito origina más escritura. Con lo que queda claro que la *différance* —pese a su carácter diferidor, que podría confundirse con un escamoteo del sentido— se opone a cualquier tipo de ahorro, de reserva, de preservación del sentido, para sumergirse, agotarse y renovarse en toda operación textual

única y diferenciada, cuyo movimiento inacabado no se asigna a ningún comienzo absoluto y que, enteramente consumida en la lectura de otros textos, no remite, sin embargo, en cierto modo, más que a su propia escritura.<sup>21</sup>

Bajo el punto de vista derridiano, la *différance* es como un haz de luz que ilumina la multiplicidad de sentidos dentro de un texto, o como un haz de hilos que permite múltiples anudaciones al interior de una red textual. Por eso ningún texto puede reducirse a la unidad de una temática, o a un análisis conceptual acabado:

la palabra *haz* parece más apropiada para indicar que el conjunto propuesto tiene la estructura de una intrincación, de un tejido, de un cruce que dejará que los diferentes hilos y las diferentes líneas de sentido partan de nuevo, así como estará preparado para anudar otros nuevos.<sup>22</sup>

Basándose en la idea de red-tejido, Jacques Derrida extiende la dinámica de la archi-escritura, o escritura de la *différance*, no sólo a todo lenguaje sino a toda experiencia, en tanto que ésta es atravesada por el lenguaje y en tanto que es articulación de sentidos diferentes. Será a partir del movimiento que genere, y de la oposición continua a la que arroje a los elementos, como la *différance* constituirá en tejidos de diferencias a las lenguas, a los códigos y a todo sistema de reenvíos en general.

Tenemos entonces, por una parte, que la *différance* es la condición de posibilidad de la comunicación, del lenguaje, del sentido y de la experiencia. Por otra parte, el movimiento de la *différance* abarca todo el ámbito de los signos y de lo que Derrida denomina el texto en general. Respecto a esto último, el hombre se encuentra sumergido en la interpretación per-

manente de ese texto global, que no conoce límites ni fronteras porque no hay nada que escape a él. Porque todo está contextualizado, no hay ninguna experiencia fuera-de-texto, fuera de la historia, de la cultura, de la ciencia, etc. Gracias a la *différance*, que se juega al interior de cualquier sistema de significantes, es posible la articulación de toda experiencia, y ya no sólo la articulación lingüística.

Desde este contexto diferencial, podemos pensar en una nueva historia de la escritura, desmitificadora de aquella otra historia tradicional de la escritura, que aclara de qué manera la historia misma pertenece al ámbito de la escritura.

La historia no es una autoridad privilegiada sino que forma parte del texto general, de la escritura y, como tal, no está regida por una temporalidad lineal ni por un sujeto-conciencia que le dé sentido.<sup>23</sup>

También, desde esta perspectiva, sería posible revalorizar a la historia de la vida misma, en tanto que huella, programa genético y escritura del ADN. Nos daríamos cuenta que la historia de la vida no es ajena a la historia del grama y al juego de la *différance*. La vida se presenta como huella y como movimiento de la *différance*; movimiento por el cual la vida remite para más tarde todo gasto mortal:

no ya diferiendo una presencia que, más adelante, sería alcanzada, sino como rodeo, retraso por medio del cual la relación con la presencia, queda siempre diferida.<sup>24</sup>

Incluso cabría la relación entre el pensamiento de la huella y de la *différance*, con el paradigma de la cosmología contemporánea. Carl Sagan nos dice que el denominado *Big Bang* o explosión inicial, dejó tras de sí huellas que se pueden reconocer.

Aunque no seamos capaces de reconstruir todas las etapas que condujeron del *Big Bang* al planeta Tierra, percibimos múltiples fenómenos que nos permiten reconstruir el proceso. A la manera de las especies vivientes, el mundo evoluciona también dejando tras de sí huellas de su dinámica: fósiles cósmicos (ondas de radio, rayos fósiles).<sup>25</sup>



A manera de conclusión. Jacques Derrida inicia un proyecto inédito para reivindicar a la escritura de su marginación tradicional respecto del habla. Dicho proyecto toma por fundamento a la multiplicidad diferencial, de formas y de sentidos, para culminar con la novedosa teoría de la archi-escritura, archi-huella, escritura de la huella o escritura de la *différance*.

A través de sus concepciones y reflexiones filosóficas, Derrida nos introduce de lleno en el juego de las diferencias que posibilita la creación continua e inagotable de sentidos, sea a través de sistemas de signos no lingüísticos, o mediante la escritura y la lectura. También nos invita a la acción de diferir el significado, haciendo surgir siempre nuevos y distintos significados; es decir, al deslizamiento del sentido.

Por ello, Derrida logra hacer una crítica deconstructiva o sollicitación —acuña el término sollicitar, del latín antiguo *sollus* (todo) y *citare* (empujar), para significar la acción de hacer temblar en su totalidad, conmover como a un todo, socavar—, de la estructura sobre la cual se organizan la metafísica y el fonologocentrismo, esto es, de todo aquello que justifique la existencia de un significado trascendental y de una teleología que tenga la última palabra.

### Notas

1. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, prólogo de Jacques Derrida, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 80.
2. Prigoguin Ilya, *Física, tiempo y devenir*, París, Masson, 1971, p. 17.
3. Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, traducción de Corina Iturbe, México, La Letra Editores, 1990, p. 17.
4. Federico Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, traducción de Teresa Orduña, Madrid, Alianza, 1980, p. 4.
5. Karl Popper, *El universo irresoluto: alegato en favor del indeterminismo*, París, Herman, 1984, p. 25.
6. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 72.
7. Jaques Derrida, *De la Gramatología*, México, Siglo XXI, 1971, p. 98.
8. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 72.
9. *Ibid.*, p. 72.
10. *Ibid.*, p. 75.

11. *Ibíd.*, p. 73.
12. Jaques Derrida, *De la Gramatología*, *op. cit.*, p. 80.
13. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 72.
14. *Ibíd.*, p. 79.
15. Jaques Derrida, *De la Gramatología*, *op. cit.*, p. 123.
16. *Ibíd.*, p. 124.
17. *Ibíd.*, p. 725.
18. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 76.
19. Jaques Derrida, *De la Gramatología*, *op. cit.*, p. 99.
20. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 78.
21. Jaques Derrida, *De la Gramatología*, *op. cit.*, p. 124.
22. Cristina de Peretti, *Jaques Derrida, Texto y Deconstrucción*, *op. cit.*, p. 110.
23. *Ibíd.*, p. 87.
24. *Ibíd.*, p. 102.
25. Carl Sagan, *Cosmos*, Barcelona, Origen Planeta, 1985, p. 132.